

me los devolvió sin piedad ni vergüenza. Se quedó con cinco ejemplares por si había pedido de reposiciones desde librerías.

Es inevitable, cada vez que regalo un ejemplar, el afortunado futuro lector me dice «Lo leo y te lo devuelvo», entonces yo contesto muy rápido «No. No, podés quedártelo». «¿En serio?». «Por supuesto, todavía me quedan unos pocos».

De marzo del setenta y seis guardo dos anécdotas:

Una: Mi madre se fue con su amante y no nos vimos durante cuatro años.

Dos: Yo trabajaba de cadete y el veinticinco de marzo tuve que hacer unos trámites frente a la Plaza de Mayo. Había gente vitoreando a Videla. Sentí que la generación de mis padres estaba ahí esperando que alguien extirpara por la fuerza y de raíz todas sus frustraciones. Eran los mismos que nos hacían la vida imposible por nuestro pelo largo, por nuestra forma de vestirnos, de pararnos, de comunicarnos. Entre esa generación y la nuestra hubo una generación intermedia. Esa generación intermedia pagó con su vida las consecuencias de la escuela que la jerga periodística denomina «intolerancia». Digo «escuela» porque entre nosotros es una forma heredada, tan corriente como versátil y vasta, y no he dejado jamás de percibirla, presentirla, olerla. Es una especie de psicopatía sexual y social que anida entre nosotros: el fastidio por la existencia del otro es una más de sus características, tal vez la más notoria.

Abrí el baúl del auto en la puerta de casa. De los diez o doce paquetes originales, algunos salí a distribuirlos librería por librería desde Claypole hasta Tigre. Los libreros más piadosos me aceptaban uno a dos libros sin más esperanza que una devolución para dentro de quince días; ya pasaron tres años y pasarán treinta sin que vuelva para recuperarlos.

Cerré el baúl del auto, puse el traslado hasta la baulera para otro día más fresco a una hora menos concurrida.

Otra vez en casa, a continuar con las diez carillas para *Cuadernos*. El arte entre la dictadura y la democracia. Cuando estoy por recomenzar temo que mi hijo vea los libros en el baúl del auto. Mi hijo sabe que no soy precisamente un escritor famoso ni yo pretendo fomentar en él semejante fantasía, pero tiene casi trece años y prefiero preservarle, como resguardo de su futura sa-

lud mental, lo que pueda de mi imagen; esto significa que el traslado y ocultamiento de los libros es una cuestión perentoria.

La baulera es común para todos los vecinos del piso; analicé la conveniencia de envolver los libros con papel madera para evitar preguntas maliciosas mientras me decía que mi primer contacto con la literatura tuvo que ver con Melville y Stevenson; no sé si el Stevenson que Borges quería hacernos leer a toda costa, a esa altura aparece Roberto Arlt y todo lo demás se desvanece.

En la baulera no había lugar. Mis vecinos tuvieron la ocurrencia de depositar seis bolsas con escombros. En cierta forma era un alivio, pensé arrojarlos al río e imaginé a la prefectura buscando a González Amer autor de *El Probador de Muñecas* para devolverle trescientos ejemplares hallados por buzos estratégicos en el fondo del Río de la Plata.

Mi primer contacto tiene que ver con el relato. Si se proviene de una familia no-culta y en casa hay menos de cuatro libros y pilas de revistas *D'Artagnan* y *El Tony* y pilas de temores y prejuicios y recuerdos que todos repiten obsesivamente, si en esta familia hay mujeres odiadas, algún asesinato pasional no esclarecido, venganzas, tías en el Moyano, el relato va creciendo, se va obligando a sí mismo dentro de uno.

Tiene que ver con el rock, con la música de Lennon, Led Zeppelin y Deep Purple, o con la intención de que algo suene o resuene o vibre de una manera que es privativa de la música: todo aquello que encierra una nota o un grito, y que la literatura puede expandir para un registro diferente de percepción. Abrir, poner en movimiento, ese movimiento aparente que vive en los sueños y que tanto nos libera como nos entristece. La tristeza, para mí la literatura tiene que ver con esa tristeza abismal y perfecta que casi se parece a la felicidad.

La violencia en las palabras: Arlt, Henry Miller, Dostoievsky, D.H. Lawrence, Christiane Rochefort, Mailer.

Mi único contacto adolescente con escritores argentinos tuvo que ver con Quiroga, con Arlt y con Sábato. Estudié en el colegio industrial; las profesoras de literatura consiguieron que me «llevara» la materia todos los años; por entonces Sarmiento, Mármol, Echeverría, eran meros escollos en mi vida, retratos en las paredes de la primaria. En mi inicio tardío de la facultad descubrí a David Viñas y leí por primera vez a Sarmiento, a Ma-

cedonio, a Puig, a Saer. Tomé contacto con la obra y las teorías de Piglia. Aparecieron Onetti, Borges y Cortázar. Fuera de la facultad, antes y durante, leí a Sartre, a Marechal, a Gombrowicz, a Bioy. Colaboré con los últimos números de *El Ornitorrinco*, conocí a Abelardo Castillo y su perspectiva apasionada y casi sacerdotal sobre la vida del artista.

No creo que uno pueda saber sobre las influencias que lo han determinado, ni creo que las influencias sean definitivas ni determinantes ni correlativas. Foucault menciona a Borges casi como su punto de partida y yo no he leído a Borges con la misma felicidad con que he leído a Foucault.

No importa por qué se escribe, llega un momento en que cobran fuerza los motivos o las excusas para no escribir. Se abandona la escritura por infinidad de motivos. Entonces lo difícil es saber por dónde continuar.

La rosa de cobre fue un resquicio por donde continuar. Teníamos libros y premios y ganas. Nos faltaba un lugar y lo generamos en un momento en que nadie o casi nadie se arriesgaba a narradores argentinos desconocidos. Hicimos *La rosa de cobre* con nuestros bolsillos en contra de la hiperinflación, el pesimismo a ultranza de nuestro editor y la insólita implícita enemistad de *Página 12*, que por entonces tenía cierto peso en las decisiones del escaso público lector de literatura.

La hicimos enfrentando las desinteligencias internas de nuestro propio grupo. Bastan dos escritores para que aparezcan competencias, narcisismos y dificultades para comunicarse, sueños faraónicos y palabras sobrantes. Nosotros éramos más de dos y pese a eso logramos los momentos de armonía mínimos imprescindibles para concretar parte del proyecto. Pusimos en la calle nueve libros que en ese momento no tenían posibilidades de salir por ninguna otra vía. Por lo menos cinco de esos libros son de primer orden. Nos pusimos en circulación;

ahora parece un poco más fácil, pero entonces ni siquiera lo parecía.

Bajo. Abro el baúl del auto. La luz de mercurio ondea como agua verde sobre el amarillo de las tapas. Hay que darse oportunidades hasta último momento, me digo, y empiezo a sacar los paquetes. Los saco todos, cierro el baúl, trato de agarrar dos paquetes en cada mano y el quinto debajo del brazo derecho. Es imposible, por peso y por volumen. Abro el baúl del auto. Vuelvo a guardar tres paquetes. Cierro. Ahora sí, con un paquete en cada mano cruzo la calle.

Una adolescente espera el ascensor. Dentro de unos meses mi hijo va a aparecer con una novia de este tamaño. No me siento joven ni robusto con mi paquete de libros en cada mano.

La chica mira los libros, trata de adivinar. No puedo hacerla participar porque enseguida se me convertiría en un personaje de Abelardo Castillo: una chica que lee a Lyotard y a Foucault y a Beckett y que preguntaría «¿Son cuentos?». «Sí» diría yo, y ante el silencio cómplice y malicioso de la chica, agregaría, «son míos».

«¿Tuyos?». Y viviría dos pisos arriba de mi departamento y furtiva vendría noche por medio a visitarme. El tipo de fantasías que nos conceden Castillo y la literatura, y no el lacónico «Pase, señor», ni la manera de moverse, esquivándome para evitar roces accidentales. Cheever cuenta el momento en que las mujeres jóvenes dejan de mirarnos, ¿para qué insistir sobre el asunto?

Bajo en el quinto piso, la chica sigue viaje. El éxito o el fracaso no pueden medirse inesperada y arbitrariamente en un momento determinado. Por suerte. Es más, el éxito y el fracaso no existen. Me lo repetí con cada uno de los paquetes que fui depositando en la baulera; sobre las bolsas de escombros de mis vecinos.

Edgardo González Amer

Las palabras que narran

He sido un lector voraz, omnívoro y desordenado.

Soy un típico (¿tópico?) escritor que anduve, después de mis olvidables escritos juveniles, de a caballo entre el antifascismo y el antiimperialismo, que no abordaba en forma explícita pero que sí estaban animándome; yo no escribía sobre esos temas en forma expresa, pero esa actitud estaba en el fondo y conformó mi integridad intelectual y estética, aunque nunca perdí —por el contrario, me aferré a ello— la visión del mundo que adquirí en mi infancia.

Ahora se ha decretado la muerte de las ideologías, de las utopías y el fin de la historia. Pero yo he vivido mucho, lo suficiente como para desconfiar de esos coquetos apocalipsis.

Debo declarar que escribo por el mismo motivo que un niño pequeño llora, es decir, por los demás y para ellos. Todos lo hacemos. He allí el misterio —siempre repetido— de un autor, de un artista. Escribimos para ser oídos y queridos; escribimos para socializarnos, porque, como dijo no recuerdo quién: si el arte no tiene una proyección social, acaba siendo sexo sin amor.

A medida que envejezco creo más en el don de la palabra, en las palabras que narran, puesto que si las palabras no sirven para narrar se prostituyen sin haber conocido el amor y mueren, como mueren los ecos sordidos y gratuitos, que nunca tendrán la riqueza ambigua del discurso de los locos, de los brujos, de los borrachos y de los niños.

A lo largo de lo hecho y de lo vivido, me fui despojando, según creo, de lo particular, lo propio y local, y he tratado de decir lo que tenía que decir, menos pintorescamente y con más exactitud, aunque la exactitud sea enemiga del oficio de la narración.

Desde la última década se pretende imponer un orden neoconservador, de capitalismo tardío y mediatizador de la cultura, banalizándola e intentando someterla a las leyes del mercado. Esto es lo de moda, a la cual se someten no pocos escritores y artistas que, con el pretexto de que «todo se ha caído» rinden tributo a la impermanencia, a la transitoriedad, las palabras por las palabras mismas, el fotomontaje cultural. Y esta imitación, entre nosotros, del sedicente «primer mundo» resulta tanto más vana y ridícula en boca y de la mano de los intelectuales que viven en ese mundo sólo de prestado.

En Argentina, hasta la hecatombe del 76, vivíamos todos en ese afán coherente, seguro en cuanto los unos nos afirmábamos contra los otros, y maniqueo. Después, los vientos de la violencia y la crueldad nos echaron hacia afuera y hacia adentro. Este fue un fenómeno desgraciado pero no inédito ni infrecuente en nuestra historia, y creo que la enseñanza no ha sido fructífera. Si antes apretábamos el gatillo por un matiz, ahora pareciera que comulgáramos con ruedas de molino, a consecuencia de decirnos que la historia no sirve para nada, o que ha llegado a su fin. Pero esa tontería se pagará con la magra cosecha del ridículo o de la indigencia espiritual.

Yo no pretendo hablar para los demás, no pontifico. Los años pasan pero a menudo (por eso mismo) acudo a mi propio espejo, para consultarlo.

He nacido y vivo en una región situada en el confín norte de Argentina, pero en el sur remoto del mundo. Esta región está separada por dos mil kilómetros de Buenos Aires, esa ciudad que edificó su grandeza y su prestigio a expensas del interior del país, asumiendo como propio un modelo impuesto por la potencia imperial de turno, que por entonces, en lo económico, no era otra que Inglaterra, aunque en lo cultural fuera Francia. Buenos Aires se levantó sobreestimando el papel de hermana mayor de las ciudades del disuelto virreynato del Río de la Plata. Al orgullo y arrogancia, que le granjearon pronto la enemistad de los pueblos del interior, llevando al país a derramar tanta sangre, añadiría su condición de por-